

RECENSIONES

Mosterín Jesús y Torretti Roberto: *Diccionario de lógica y filosofía de la ciencia*, Alianza Editorial, 2002, Madrid, Colección Alianza Diccionarios, 670 pp.

Jesús Mosterín y Roberto Torretti han tenido la magnífica idea de escribir un diccionario de lógica y filosofía de la ciencia; y ¿quiénes mejor que ellos para esta tarea? Los dos filósofos, investigadores de conocida y reconocida trayectoria, han unido su experiencia y conocimientos a ambos lados del Atlántico para ofrecer a la comunidad hispanohablante una obra útil y original, cuya necesidad era imperiosa.

Las más de 700 entradas del *Diccionario*, con la adecuada extensión de los buenos diccionarios de filosofía, cubren un amplio espectro de tópicos conectados de uno u otro modo con su tema: la compleja área de confluencia entre la lógica, los fundamentos de la matemática y las nociones de las ciencias empíricas que son cruciales o resultan críticas en los actuales momentos para la comprensión metodológica y epistemológica de conceptos y problemas filosóficos. Cada entrada presenta o comenta otras voces, haciendo un conveniente uso de referencias cruzadas, con lo que en total unos 1500 términos reciben explicación en el *Diccionario*. Hay que añadir que esas referencias son en cada caso complementarias, no dificultando la lectura de cada entrada que aparece como un breve y completo artículo sobre el concepto buscado. Los símbolos y abreviaturas son, en la mayoría de los casos, los más ampliamente usados (es difícil lograr total unanimidad en esto), y se emplean cada vez que es necesario, sin eludirlos pero sin abusos formalistas. El lenguaje es claro y directo, sin tecnicismos que no sean imprescindibles –y que son, en todo caso, explicados en su correspondiente entrada, puesto que se trata de un diccionario, obra de intención básicamente didáctica, lo que en ningún momento olvidan los autores.

...Y que no conviene que olvide tampoco el lector. En efecto, ningún diccionario sustituye al buen libro de ensayo o de texto, que son diferentes herramientas de investigación y estudio. No espere, pues, el lector una exposición exhaustiva de los temas, para la que siempre habrá de recurrir a otros libros –en plural: tantos más cuanto más interés tenga en el asunto. Lo que sí cabe, y puede esperarse de un buen diccionario, el que nos ofrece Mosterín y Torretti lo cumple con creces: un equilibrio nunca fácil entre claridad, concisión y completud conceptual; esto es, una presentación comprensiva que permita sin cabos sueltos entender las nociones tratadas.

Con estilo ameno, los autores han hecho acopio del buen sentido comprometido, sin duda, con sus largas (en el tiempo y en la geografía) trayectorias docentes y de investigación, optando, allí donde hay que hacer elección, por criterios de consenso más que preferencias individuales, y lenguaje compartido más que rígidos cánones de corrección lingüística.

Conocedores de que ésta deriva del uso y no de reglas preestablecidas, no temen emplear neologismos o extranjerismos cuando la comprensión del tema o el uso ya habitual lo exigen, decidiéndose por ‘DNA’ en lugar de ‘ADN’, o ‘joule’ en lugar de ‘julio’, como advierten en el prólogo. Consecuentemente, escogen ‘voltio’ y no ‘volt’, por haberse estandarizado en castellano la primera expresión (El lector que busque ‘ADN’ o ‘julio’ encontrará estos términos referidos a aquéllos en la Relación de voces, al final del libro). Otro acierto –algunos podrían no considerarlo así– es la presentación de frases y expresiones compuestas en el orden en que normalmente se emplean en castellano: ‘teorema de Pitágoras’ en lugar de la inversión ‘Pitágoras, teorema de’ (Para el lector apegado a la lexicografía tradicional, aquí también la Relación de voces refiere ambas expresiones). Desde luego, las unidades de medida citadas son del Sistema Internacional. De gran utilidad en nuestra época de intercambio cultural es la inclusión de la traducción de las entradas al alemán, francés e inglés. Complementando la información terminológica con la orientación histórica, el *Diccionario* incorpora una Lista de filósofos y científicos en forma tanto alfabética como cronológica. Prueba de honestidad intelectual, la Bibliografía de obras consultadas y la citada en el texto son no sólo una valiosa fuente de información adicional, sino en muchos casos una útil referencia directa.

---

Es ampliamente sabido aunque no comúnmente expresado en esta terminología que el universo es anisótropo en el tiempo y en el espacio; es decir, que sus propiedades difieren según el momento y lugar considerados. Es la característica que permite obviamente identificar cuerpos y eventos, y aun hablar de lugares y momentos distintos; en un espaciotiempo (término que se encontrará en el *Diccionario* de Mosterín y Torretti) isótropo, uniforme, nada sería distinguible. De esa misma característica, que posibilita referirse a determinadas cosas y situaciones en oposición a otras, deriva la imposibilidad de tener juntas todas las ventajas, o de eliminar todo inconveniente. Salvo cierto imaginario punto que Jorge Luis Borges denominó ‘aleph’ en su relato de igual nombre (término que designa la cardinalidad o cantidad de elementos de los conjuntos no finitos, y que el lector encontrará igualmente en el *Diccionario de Lógica y Filosofía de la Ciencia*), es harto conocido que ciertas cosas excluyen otras, y que no es dable encontrar todo reunido en un solo objeto. La sabiduría popular ha resumido esta propiedad del mundo en la expresión “nada es perfecto”. Y el libro de Mosterín y Torretti no podía escapar a ello.

Por eso, se echan de menos ciertos términos, de los cuales el anterior párrafo es ejemplo: ‘isotropía’ y su opuesto, no aparecen; tampoco encontrará el lector la clásica distinción entre el infinito potencial y el actual (alegorizado por Borges como una inconcebible región de confluencia

total), con su moderna repercusión en la teoría de conjuntos y los problemas que derivan de ella –apenas se roza el concepto en el artículo ‘paradojas de Zenón’– ...Ni se encuentran algunos datos pertinentes: por citar un caso, la entrada ‘par ordenado’ no distingue las definiciones de Hausdorff, Wiener o Kuratowski, que es la única considerada; y, aunque se insinúa la idea, el artículo no comenta cómo se puede derivar la noción de orden de la de conjunto o función. Términos como ‘orden’ o ‘transfinito’, que reciben adecuado tratamiento en el texto, quizás debieran haberse citado individualmente en la Relación de voces, donde figuran como parte de expresiones compuestas. Lo mismo sucede con ‘completud’, cuya variante ‘completitud’ usada en algunos países latinoamericanos, no se nombra. No sólo por facilitar la búsqueda, algunos términos que sólo aparecen en composición con otros habrían merecido un apartado propio.

Ningún filósofo o científico vivo encuentra mención en la Lista de nombres; es de suponer que se quiso evitar alguna omisión lamentable. Lástima, porque correr el riesgo habría permitido encontrar determinados nombres importantes, incluyendo algunos que figuran en el texto; y aquí el recurrido ardid filosófico de suprimir la causa del problema hace que parezca un demérito no haber fallecido.

Más notable, a propósito de completud, o completitud, temática de la obra, es su parquedad respecto a la biología, y la práctica total exclusión de las ciencias sociales, lo que reconocen los autores desde el prólogo, decantándose fundamentalmente por la elucidación filosófica de términos de la física y la matemática. Justificada o no esta preferencia, configura una característica esencial del *Diccionario*, que lo hace específico de la filosofía de la ciencia más “establecida”, podríamos decir, ya clásica o en sentido restringido. Es discutible si un diccionario de este tipo debe incorporar plenamente la filosofía de la biología, área en creciente desarrollo e importancia epistemológica y social, o si, por el contrario, su presentación filosófica debiera hacerse por separado; si, a su vez, convendría o no emparentar ésta lexicográficamente con la filosofía de las ciencias sociales, o bien sería más conveniente reunir en un compendio toda la filosofía de la ciencia, según el viejo ideal de la ciencia unificada. Supongo que la respuesta dependería, en parte, de las habilidades e inclinaciones del lexicógrafo. Hoy día es difícil, casi imposible, manejar con destreza suficiente la variedad de temas que la empresa enciclopédica exige. Como señalan los autores en el artículo ‘comunidad científica’, los científicos de cada especialidad – podríamos añadir: los filósofos también – entienden sólo a medias a los de las otras. Semejante tarea sería pues, probablemente, de colaboración, con la meta en un diccionario ideal que abarcara toda la filosofía de la ciencia en sus complejas imbricaciones... Como en los procedimientos por recurrir (que conviene distinguir claramente del círculo vicioso), volvemos a encontrarnos con el problema de la totalidad. Y ya decíamos que, por principio, “nada es perfecto”...

Pero la perfección es un concepto relativo, y el método de aproximaciones sucesivas (término que no figura en el *Diccionario*), útil en ciertos procesos de metrización y rasgo del desarrollo tecnológico, asegura la posibilidad de acercarse a ella cuanto se quiera, mediante operaciones recursivas sobre la base de que ahora se dispone. Mosterín y Torretti han dado un brillante acabado a este primer paso, que ediciones subsiguientes podrán ir acercando de manera indefinida al siempre cambiante límite ideal (Por cierto, los términos ‘ideal’, ‘límite’, ‘metrización’, ‘círculo vicioso’, ‘recursivo’ aparecen en el libro, si bien este último como constituyente de otras expresiones).

Una obvia objeción que podría hacerse a la obra es la diferencia de criterios que tendrán algunos investigadores en cuanto a la mejor manera de presentar ciertos conceptos. Pero ello, más que propiamente objeción, es una precondition del progreso filosófico y científico. El aporte de enfoques distintos y la confrontación con otros puntos de vista calificados suelen ser situaciones buscadas, casi siempre enriquecedoras, y signos de vitalidad del área de investigación. El *Diccionario* de Mosterín y Torretti es, por su calidad y tratamiento de los temas, un instrumento valioso tanto para estudiosos de la especialidad en busca de un prontuario ágil y acertado, que ofrece además, con frecuencia, información rica y de interés, como para científicos con intereses filosóficos, y filósofos de otras ramas que quieran o necesiten informarse del estado de la materia, sin olvidar en modo alguno a los estudiantes, a los que brinda definiciones claras e ideas orientadoras en un área tan compleja y exigente.

El *Diccionario de Lógica y Filosofía de la Ciencia* de Jesús Mosterín y Roberto Torretti merece figurar, sin duda, junto a los buenos diccionarios, y es un notable estímulo en la tarea de redactar glosarios especializados de filosofía. Ya tenemos, por fin, un buen diccionario de lógica y sus conexiones con las ciencias físicas y matemáticas, que tanto se echaba en falta a la hora de manejar con precisión el lenguaje de esta importante rama de la filosofía. Los autores han sugerido su disponibilidad futura –lo que no excluye que otros puedan dedicarse a esa tarea– para proseguir con la filosofía de la biología y quizás de las ciencias sociales. Pero además faltan todavía, entre otros, un buen diccionario de filosofía de la tecnología, filosofía de las ciencias cognitivas, filosofía del lenguaje... ¿Quién se atreve?...

Roberto R. Bravo  
Universidad Central de Venezuela/  
Universidad de Santiago de Compostela

Wittgenstein L. *Tractatus logico-philosophicus*, traducción, introducción y notas de Luis M. Valdés Villanueva, Tecnos, Madrid, 2003 (segunda edición revisada), Colección “los esenciales de la filosofía” dirigida por Manuel Garrido, pp. 303.

Con ésta de Luis M. Valdés Villanueva, son tres las versiones del *Tractatus* en español. La primera de 1957 fue publicada por la editorial Revista de Occidente, con traducción de Enrique Tierno Galván; la segunda de 1987, por Alianza Editorial, en versión de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera. La última edición, que reseñamos aquí, cuya primera edición es del 2002, pertenece a la colección “Los Esenciales de la Filosofía”, dirigida por Manuel Garrido, que pretende divulgar los grandes clásicos de la filosofía y de la ciencia a un público no necesariamente académico. En este contexto, la versión de Valdés Villanueva incorpora elementos y recursos interesantes que la hacen una edición singular. Desde la edición de Odgen y Ramsey de 1922 –lo que se considera la primera edición genuina del *Tractatus*– ha sido tradicional su presentación bilingüe. Las ediciones españolas anteriores no han sido una excepción; pero esta versión rompe con la costumbre. La publicación contiene una introducción de Valdés Villanueva, además del clásico prólogo de Russell y unos anexos que incluye algunas opiniones de personajes académicos importantes sobre Wittgenstein. Conjuntamente, esta segunda edición, además de corregir errores de la primera, introduce una selección bibliográfica sobre el *Tractatus*, aparte de indicaciones sobre musicografía, filmografía y páginas web dedicadas a la obra, que se reducen a un par de páginas web, la película de Derek Jarman, “Wittgenstein”, de 1993 y una pieza musical, “The Tractatus Suite”, de Numminen. La bibliografía incluye las principales ediciones y traducciones del *Tractatus*, al igual que las obras, en español y en inglés, que versan total o parcialmente sobre el *Tractatus* y sobre la vida de su autor. Asimismo, incluye un índice analítico con todos los términos equivalentes en alemán y un glosario de símbolos.

La introducción presenta con una breve exposición de la vida del autor, la exposición de nociones básicas de Frege y Russell, tales como las de función proposicional y de descripciones definidas, o la de la paradoja de las clases que Russell descubre en la conceptografía fregeana, centrales en la obra de Wittgenstein. Asimismo incluye un ensayo titulado “El *Tractatus*: los límites del sentido”, que presenta un enfoque general de la obra y su motivación. Igualmente incluye un recorrido breve del *Tractatus* que divide a la obra en cuarenta partes y agrega una breve explicación del contenido de cada una. Pero el agregado más interesante y útil para el lector son las notas explicativas del traductor que aparecen como comentarios a gran parte de las proposiciones del texto de Wittgenstein. Valdés trata de mantener la *akrasia* (ausencia de juicio) y prefiere limitarse a aclarar, no sin dejar, en los puntos más oscuros, de presentar alguna famosa interpreta-

ción (como las de Fogelin, Anscombe, Black, etc.) para precisar algunos de los pasajes más oscuros del libro. Llevar esta tarea no es fácil, tomando en cuenta la cantidad de interpretaciones que ha suscitado la obra del filósofo austriaco. Hay que señalar, sin embargo, que las notas no arruinan para nada la lectura, hechas de manera discreta y precisa; principalmente señalan las relaciones que existen entre la proposición que se examina y el resto de las proposiciones del libro. Tómese como ejemplo de la manera discreta del comentador, quien no pretende intervenir en la intención del texto, la nota final del libro, justo debajo de la célebre proposición 7 “De lo que no se puede hablar hay que callar la boca”, reza: “sin comentarios”. Otro detalle peculiar es una selección de proposiciones realizadas por el traductor, que reducen el contenido de la obra y facilitan el trabajo del lector. Es decir, si es la primera vez que se estudia, el lector puede seguir sólo las proposiciones señaladas y entrará en los temas y problemas centrales del *Tractatus*. Esto hace ver que la selección ha sido satisfactoria. En definitiva, todos estos detalles hacen de esta edición una referencia a tomar en cuenta para ser usada en cursos y seminarios tanto introductorios como avanzados sobre Wittgenstein. Podrá ocupar un lugar privilegiado en cualquier biblioteca –quizás junto a la edición de Pears y McGuinness de 1961.

Leopoldo Márquez  
Universidad Central de Venezuela  
Instituto de Filosofía